

Roger Guzmán

El respeto que te corresponde

(Acerca de mi experiencia en el taller de La Casa del Escritor que dirigió Rafael Menjívar Ochoa)

Poeta

2rgr@hotmail.es

Es muy difícil encontrar a alguien que te trate con respeto y te exija que te des el respeto que te corresponde. Las personas cuando se ven capaces de aconsejarte en algo, lo hacen, casi siempre, con la vanidad del maestro y debido a que este tipo de vanidad es común, a quien juega el papel de alumno le cuesta mucho aceptar la lección, si no es que simplemente la abandona y, si se logra desarrollar independientemente, contradice todo planteamiento que venga de ese que fue su maestro, en una contradicción sólo por contradicción. Cuando el alumno cambia su papel al de maestro reduce a otro en su papel de alumno, de manera intencional por medio de la adulación o el regaño innecesario y/o sin base, o sin intención por medio de la condescendencia. Y esto se vuelve a repetir hasta que no llega alguien con el valor suficiente para ser honesto y detener el ciclo de mediocridad heredado.

Es Rafael Menjívar Ochoa, precisamente, ese alguien con el valor necesario para combatir la mediocridad en nuestro país. Y digo *es*, y no *fue*, porque su fallecimiento no ha sido ni será capaz de detener su pelea. El acierto de su método es producto del respeto que tuvo por todo aquel que se le acercó para pedir su asistencia. Cuando él se planteaba ante nosotros lo hacía como ante un igual, y recalca que *todos somos iguales en el oficio, solamente que en diferentes etapas del proceso*, y se sobreentendía que es nuestra obligación compartir nuestra experiencia a

quienes se encuentran en una etapa anterior a la nuestra, para facilitar y enriquecer su desarrollo y el de nosotros mismos.

Cuando digo que el alumno toma el papel de maestro y contradice a quien fue su mentor sólo por mera contradicción, se confirma que no hay un sólo camino para desarrollarse en el oficio literario, o cualquiera que sea el que cultivemos. Si este que fue alumno tiene un planteamiento contradictorio al de su maestro y es válido, no es precisamente porque el planteamiento que contradice no tenga validez. Y esa es una de las consecuencias de mayor importancia en la aplicación del método de Rafa para impartir sus talleres: debido al respeto que nos demostraba e inculcaba, todos tomamos caminos distintos para desarrollar nuestro trabajo, eso sí, sin tener que establecer una contradicción entre nosotros.

No se puede comparar el trabajo de Mario Zetino con el de Sandra Aguilar, ni el de Vilma Osorio con el de Teresa Andrade, ni el de cualquiera que fue parte de los talleres de *La Casa del Escritor* con el de otro en las mismas condiciones, y menos con el trabajo de Rafael mismo. Y cuando digo que no se puede comparar no me refiero a que uno es superior a otro, sino a que todos tienen diferentes formas de plantearse, cada quien tiene su propia voz y apuesta. Tampoco podemos negar que cuando compartimos nuestra experiencia no retomamos algunos recursos de algún compañero para aplicarlos en nuestras formación, pero eso no nos hace réplicas (como nos han tratado de hacer sentir algunas personas en contradicción con Rafael), solamente verdaderos compañeros, y hasta puramente amigos. La amistad entre personas muy distintas (que difícilmente o nunca podrían encontrarse en lo cotidiano o en otras circunstancias) es otro de los resultados del taller impartido por Rafael; eso le satisfacía mucho, y es ese otro punto que demuestra la diversidad, no dispersión, que se logró en la comunión que tuvimos en *La Casa del Escritor*.

Rafael pensaba, y no lo puedo ver de otra manera, que esta diversidad responde al fin de la guerra, que a partir de los acuerdos de paz se han generado ciertas libertades y que, de acuerdo a la naturaleza de nuestro conflicto, personas de todos los estratos sociales desean participar en ciertos procesos en los que antes no podían, y se ve un *boom* en la poesía. Se confirma este

planteamiento al analizar el origen económico y las influencias ideológicas de cada uno de los que fuimos parte del taller, o de cualquiera de las personas que estén escribiendo a nivel nacional. Todavía hay rezagos de anacronismo, pero la mayoría está tratando, en la medida en que tiene acceso a saber cómo, de escribir con mayor honestidad y pulimento, y la gente que participó de *La Casa del Escritor* lo ha logrado con especial rapidez, porque Rafael nos enseñó a acortar el camino de un proceso que ya es sintomático en nuestra país y que debería ser natural. Y se podría refutar esta afirmación poniendo algunos casos de gente, por ejemplo, proveniente de la clase obrera que escribía en los tiempos de guerra, pero es que nunca se dijo que no existieran esos casos, solamente que hoy existe una mayor participación, diversidad y depuración, en una especie de *boom*, o *boom* propiamente dicho, en la poesía con mayor visibilidad, pero también en las demás ramas del arte (esto en mi opinión). Como sociedad tenemos un mayor sentido de dignidad y lo vamos desarrollando e imponiendo con la cautela que la guerra nos ha enseñado a tener (y que a veces nos desespera), y no solamente a los que vivimos, de alguna manera, el conflicto; los más jóvenes lo tienen presente y demuestran el hartazgo que tienen hacia esa etapa de nuestra historia y hacia sus secuelas negativas en todos los aspectos de nuestro devenir, y no están dispuestos a repetirlo.

Las maneras de aplicar el método que Rafa nos enseñó pueden variar, porque a cada quien le aplicó las medidas que necesitaba. Primero Rafa determinaba *qué es lo que te gustaba y hacia qué estaban dirigidos tus talentos*, aunque la mayoría llegaba ya con una idea clara de lo que quería hacer; luego de escuchar tu trabajo y pedir a los demás presentes que opinaran acerca de lo que te habían escuchado, procedía con su opinión y remataba con la pregunta que constituye la base de tu formación: *¿Cuáles son tus objetivos?*

A la hora de escribir la gente se deja llevar por la vanidad y/o la moda, algunos quieren escribir porque piensan que así se volverán perfectos *don juanes*, otros piensan que ser escritor es como ser *estrella de rock* o *actor de Hollywood*, ambas visiones tremendamente vanidosas. Y están los que con otro tipo de vanidad, más recatada, quieren escribir lo que está de moda para no ser censurados, y este es el tipo de aspirante a escritor más común, pues llegan con escritos acerca

del *pobre niño de la calle*, del *machismo y la violencia*, de *la lucha de clases*, de las reivindicaciones de todo tipo que ni siquiera conocen o sienten sinceramente. Es así que surge la pregunta de cuál es realmente tu objetivo al escribir, si tratar de impresionar y ser un escritor de proyección municipal, o ser honesto y trabajar lo que se deba por ser un escritor de talla mayor. Se trata de elegir si ser como un Alfredo Espino o un Roque Dalton, un Roque Dalton o un César Vallejo, un César Vallejo o un Vicente Huidobro. Y cuando se dice *ser como*, no se trata de decir *ser igual a*, ni de tratar de escribir exactamente acerca de los temas tratados por el escritor de tu preferencia, pues todos tenemos los temas que se nos facilitan por simple honestidad y nuestra propia voz, que es al encontrarla que empieza la verdadera búsqueda por ser escritor.

El respeto que Rafa le demostraba a todo al que asistía al taller se afirmaba desde el principio, pues no importaba si era la primera vez que llegabas, o si llegabas proyectándote como un novato o un escritor experimentado, o si llegabas sólo como espectador o como un aprendiz, tu opinión contaba y tenías que opinar acerca del trabajo de toda la gente presente en ese momento en el taller, incluso de la gente con más experiencia que llevaba algo para compartir. Tenías que decir lo que sea que pensaras después de haber escuchado lo que se había leído.

Rafa nos demostró lo mucho que se puede aprender de toda persona al darle la atención y el respeto que se le debe. Todos, por muy novatos, tienen descubrimientos dentro de sus escritos que, después de la depuración, se vuelven muy buenos poemas o relatos o novelas o lo que sea, de acuerdo a la disciplina que se trabaje. Desde el momento en que escribís con el objetivo de crear textos de valor literario ya sos escritor, sólo necesitás ciertas herramientas y recursos que mejoren tu trabajo; ese era el punto de partida y darnos esos recursos era su objetivo. De vos dependía tomar o no las herramientas y consejos que se te brindaran.

Para Rafael no existen los buenos escritores, sino los buenos depuradores. Cuando escribimos lo hacemos en un vómito de ideas y entre ellas se encuentra el cuerpo de tu próxima creación, lo que se elimina son las partes tuyas que sólo están tratando de impresionar o no lograron pasar solamente de ideas, pero que luego pueden constituirse en una nueva apuesta. La base, recalco, es la corrección y la corrección.

Algo que seguramente ya ha quedado bien claro, pero que es necesario expresar por haber sido un aspecto básico del taller, es que siempre fuimos empujados a compartir nuestro trabajo, porque siempre existe la posibilidad de que uno ha revisado sus textos una y otra vez y ya no les encuentra zonas depurables, y lo ve un compañero y te hace una observación y es hasta entonces que te das cuenta.

Este tipo de comportamientos son aplicables también a la vida, me refiero a lo cotidiano, porque todo, por muy poesía, es parte de la vida, de la realidad (el buen arte es incluso mucho más fiel que la realidad objetiva). Rafael trataba de concentrarse en vos para ayudarte de acuerdo a como lo necesitaras, nunca trató de plantearse como alguien que te estaba dando una clase, como un maestro, se planteaba como un amigo. Hace poco escuché de Mario Zetino y también de Carlos Guardado (ambos fueron parte de los talleres) hablar de cómo Rafa revisaba tu trabajo y enseguida te recomendaba una lectura, que seguramente fue el procedimiento que aplicó con ellos y, en efecto, con todos, pero con ciertas diferencias. Conmigo, por ejemplo, no fue así tan enseguida. Cuando llegué al taller yo estaba muy perturbado, tenía muchos problemas familiares, sentimentales y económicos juntos, y Rafa se concentró en mis problemas personales (aunque al mismo tiempo me indicaba mis fuertes en lo que escribía y lo que podría hacer para mejorar), y me aconsejaba acerca de las actitudes que debía tener para superar mi crisis; aunque mi trabajo como jardinero no se comparaba al suyo, él me hacía sentir que la experiencia que iba a adquirir sería de gran utilidad en mi desarrollo como escritor y alagaba mis habilidades no literarias. Fue después de un tiempo que me recomendó a Roland Barthes, y me dijo que *El canto de guerra de las cosas* de Joaquín Pasos era básico para todos en *La Casa del Escritor*. Lo más importante en mi proceso es que hay que tratar de ser el mejor, hacer lo que tenga que hacer como sólo yo puedo, y compartirme con el respeto que me debo y que le debo a todos: si no compartimos nuestra experiencia, cómo van a saber que la tenemos; si no compartimos nuestras alegrías, no tendremos con quien celebrarlas; si no compartimos nuestros problemas, enfrente tendremos a quien tenga la solución pero no podrá ayudarnos; y lo más importante, jamás hay que subestimar ni sobreestimar a nadie.

De eso se trató el taller: de darte el respeto que te corresponde, para poder dar a los demás el respeto que a ellos les corresponde, y así, cuando leyeras tu trabajo como si no fuera tuyo (que es parte del proceso de depuración), no subestimaras ni sobreestimaras tu trabajo ni el de los demás. A la hora de escribir estas palabras me pregunté si escribir acerca del taller o de la obra de Rafa, y decidí escribir acerca del taller porque es allí donde nos dio la mayor lección. Su mayor legado somos nosotros quienes compartimos la experiencia del taller; su obra literaria es indiscutible, pero imagínense poder cambiar vidas como nos las cambió a nosotros, nos dio el refugio de nuestro talento, y nos hizo fuertes en esta realidad tan adversa que muy a menudo casi me vence, y que seguramente ya me habría vencido si no tuviera su apoyo. La poesía es mi fuerza, y con ella voy a luchar con la esperanza de que no traten de ignorar el legado de los grandes hombres; con ella demostraré que su trabajo no fue en vano; con ella exijo que desechemos las mediocridades e impongamos nuestra dignidad.